DOI: https://doi.org/10.22201/ffyl.16656415p.2011.24.406

# *La crítica anticartesiana de Michel Foucault al psicoanálisis en* Historia de la locura

**Marco Alexis Salcedo**

## Introducción

"Folie et déraison, histoire de la folie à l'âge classique" es el nombre original de la tesis de doctorado que Foucault defendió el 20 de mayo de 1961 ante el jurado compuesto por Henri Gouhier, Georges Canguilhelm y Daniel Lagache. Este texto, sin duda la primera gran obra de Foucault, originó una copiosa literatura secundaria en la que comentaban, unos a favor, otros decididamente en contra, lo que él allí sostenía.

Por parte de los psiquiatras e historiadores de la psicopatología, como era de preverse, el libro produjo una violenta reacción:

> Los más positivos trataron de oponer a este gran gesto de inversión cultural la interminable lista de una larga serie de interminables errores. [...] Errores de interpretación, errores de selección de documentos, de conocimiento de un cierto hecho, valorización imaginaria de otro prendido con alfileres [...] en síntesis, Foucault fue acusado de haber alucinado una historia de la locura que no figuraba en los archivos de la historia de la psiquiatría.[1]

Por el lado de los adeptos y promotores del movimiento anti-psiquiatra, celebraron el texto como una cardinal contribución a su proyecto crítico contra la psiquiatría, pues declararon que Foucault con su magna obra "proporcionaba una clave de lectura para las líneas de despsiquiatrización que han atravesado

[1] Élisabeth Roudinesco, "Lecturas de la *Histoire de la folie*", en É. Roudinesco *et al.*, *Pensar la locura. Ensayos sobre Michel Foucault*. Buenos Aires, Paidós, 1996, p. 18.

el último siglo".[2] En cuanto a los psicoanalistas, la postura que adoptaron fue ambigua. Unos cuestionaron el libro:

> [...] hubo un artículo en *Les Temps Modernes* sobre *Folie et déraison* [...] firmado por el psicoanalista Octave Mannoni. Es cierto que no es muy elogioso [...] el reproche fundamental que Mannoni le dirige al libro de Foucault es el no haber tenido en cuenta los problemas tal como se plantean en la actualidad, y el querer conducirnos a un "origen" que sería como un "momento de vacilación" donde "la historia habría podido ser otra".[3]

Otros, como Jacques Lacan, al parecer lo resaltaron como un buen texto:

> No cabe duda de que Lacan leyó a Foucault con atención. Es evidente, por ejemplo, como lo ha establecido Elisabeth Roudinesco, que el texto tan importante de 1962 titulado "Kant con Sade" está atravesado de cabo a rabo por la lectura que Lacan acababa de hacer de la *Historia de la locura*. Lacan se refiere por otra parte en una nota a "la admirable *Historia de la locura* de Michel Foucault".[4]

Es de anotar que la contradictoria valoración de los psicoanalistas a la obra de Foucault es correlativa a la doble apreciación que Foucault plasmó ahí de Freud. El padre del psicoanálisis aparece en *Historia de la locura* como un personaje que ocupa simultáneamente dos planos antagónicos.

Primero, asevera en su *Historia de la locura* que hasta la llegada de Freud, el único discurso posible de la locura era el que redactaba la medicina con la tinta y pluma del buen humanismo de la moral europea, monólogo de la razón sobre la locura que toda una época celebró como otra de las grandes batallas ganadas por la ciencia positiva a la superstición y fanatismo del vulgo. En realidad, dirá Foucault, ese humanismo anuló las posibilidades de diálogo con la sinrazón. En un claro gesto enaltecedor del psicoanálisis, Foucault señala que ésa fue una situación que Freud de manera decisiva problematizó, gracias a que recogió las enseñanzas de un movimiento impulsado por las obras de Goya, Nietzsche y Van Gogh. Según lo hace entender Foucault, Freud, del mismo modo que Denis Diderot con *Le neveu de Rameau,* dio "una lección bastante

[2] F. Basaglia, *Criminal di pace*, *apud* Agostino Pirella, "Historia de la locura en Italia o la crítica de la psiquiatría", en *ibid*., p. 100.

[3] Michel Foucault, *apud* Didier Eribon, *Michel Foucault y sus contemporáneos.* Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, p. 213.

[4] *Ibid.,* p. 332.

más anticartesiana que todo Locke, todo Voltaire o todo Hume",[5] al exaltar "esos valores de tragedia que conocemos desde Nietzsche y Artaud";[6] volviendo a enfrentar "el hombre de tragedia y el hombre de locura",[7] desde la época clásica "sin diálogo posible, sin lenguaje común".[8] En un mejor decir, Freud transcendió el clasicismo, recuperando con el psicoanálisis la verdad trágica de la locura, enunciada en los tiempos de fundación del mundo occidental.

Pero después de decir lo anterior, Foucault hace en *Historia de la locura* un fuerte cuestionamiento a la obra de Freud, según él, por la incapacidad que ésta mostraría para aprehender la labor propia de la sinrazón: "El psicoanálisis podrá resolver algunas formas de locura; sigue siendo extraño al trabajo soberano de la sinrazón. No puede ni liberar ni transcribir, y menos aún explicar lo que había de esencial en esa labor".[9] Esta categórica frase de cierre del capítulo "Nacimiento del asilo" deja obviamente preguntas: ¿por qué el psicoanálisis sólo podrá resolver algunas de las formas de la locura? y ¿por qué no puede explicar lo esencial del trabajo soberano de la sinrazón? En general, ¿por qué le resulta extraña su labor, si no fue precisamente Freud, vía Nietzsche, quien volvió a entablar el diálogo con ella?

Foucault entonces presenta a Freud como agente de ruptura, pero a su vez, de continuación, de una elección cultural contemporánea y de un dispositivo normativo —el gran encierro y la creación del asilo— implementado por la sociedad moderna occidental para resguardar y afirmar esa elección.

Según Jacques Derrida, las anotaciones críticas que Foucault realiza en *Historia de la locura* contra Freud tienen de trasfondo la misma razón: el cartesianismo que Foucault identifica en su doctrina:

> Foucault anulará de modo inapelable a ese genio malo del médico taumatúrgico en la figura del psicoanalista; lo hará [...] contra Descartes, contra un cierto sujeto cartesiano aún representado en la filiación que va de Descartes a Pinel y a Freud [...] contra ese descendiente de Descartes que sigue siendo Freud [Foucault] juzga implacablemente al psicoanálisis, en el pasado, en el presente, e incluso en el futuro. Pues el psicoanálisis está condenado de antemano. No le está prometido ningún futuro que le permita escapar a su destino, puesto que su suerte está echada.[10]

[5] M. Foucault, "Introducción", en *Historia de la locura en la época clásica*. Bogotá, FCE, 1998, tercera parte, p. 6.

[6] *Ibid.,* "La transcendencia del delirio", segunda parte, cap. II, p. 64.

[7] *Idem*.

[8] *Idem*.

[9] *Ibid.,* "Nacimiento del asilo", tercera parte, cap. IV, p. 263.

[10] Jacques Derrida, "'Ser justo con Freud'. La historia de la locura en la edad del psi-

¿Qué tiene de irrecusable cartesianismo la doctrina psicoanalítica? ¿Por qué le resultó inadmisible el Freud psicoanalista, un representante de Descartes? Éstas son inquietudes que indirectamente, y quizás de forma un poco oscura, Foucault responde en su obra doctoral. A continuación se detalla su posible respuesta.

## La genealogía del dispositivo psicoanalítico

En varios capítulos de *Historia de la locura*, cuando asocia el nombre de Freud con el de Nietzsche, Foucault presenta elogiosamente la obra de Freud como una reflexión que cuestiona el modo médico tradicional de abordar la sinrazón. Sin embargo, a pesar de la postura enaltecedora que Foucault hace en *Historia de la locura* a Freud, es innegable que su tesis doctoral también esgrime una incisiva crítica a su pensamiento, efecto de la afiliación que identifica en el psicoanálisis con "la conciencia médica de la locura". En el capítulo llamado "Nacimiento del asilo", Foucault establece una relación directa entre el psicoanálisis y el mundo asilar del siglo XIX; ahí no duda en colocar a Freud como el último de la larga lista de próceres de la medicina que consolidaron un modo particular de intervenir y concebir la locura. "Ese diálogo del loco con el médico que, de Pinel a Leuret, a Charcot y a Freud, tomará vocabularios tan extraños".[11] Foucault afirma en "Nacimiento del asilo" continuidad, no ruptura, del psicoanálisis con la psiquiatría del siglo XIX, lo que le permitirá decir que "Freud [...] no agregaba a la lista de los tratamientos psicológicos sobre la locura nada importante".[12]

Mucho antes de "Nacimiento del asilo", en referencias más bien de pasada a Freud y al psicoanálisis, Foucault empieza a anticipar lo que con insistencia va a señalar en ese cuarto capítulo de la tercera parte de *Historia de la locura*. Por ejemplo, en el cierre del último capítulo de la segunda parte, en "Médicos y enfermos", hace una alusión a Freud, ligándolo al pensamiento médico. "Freud [...] restituía al pensamiento médico la posibilidad de un diálogo con la sinrazón. No nos asombremos de que el más 'psicológico' de los medicamentos haya encontrado tan pronto su camino, y haya sido confirmado orgánicamente".[13] Las palabras de Foucault no son imprecisas; para él, Freud restituye directamente al pensamiento médico el diálogo perdido con la sinra-

coanálisis", en E. Roudinesco *et al.*, *Pensar la locura. Ensayos sobre Michel Foucault*, p. 148.

[11] M. Foucault. "Médicos y enfermos", en *Historia de la locura en la época clásica*, segunda parte, cap. IV, p. 478.

[12] *Ibid.*, p. 529.

[13] *Idem*.

zón, de la que posteriormente la medicina obtendrá confirmaciones orgánicas. Entonces, no resulta ninguna novedad que a la altura de los capítulos finales de *Historia de la locura*, Foucault afirme que "toda la psiquiatría del siglo XIX converge realmente en Freud".[14]

Estas afirmaciones, que relacionan el psicoanálisis con el mundo asilar del siglo XIX, conllevan a que se le impute a la doctrina freudiana una complicidad no reconocida con la visión naturalizante de la locura como enfermedad mental, complicidad que destina al psicoanálisis a no ser el verdugo real y definitivo de la medicina de la locura.

> [...] trataremos de volver a captar el movimiento por el cual finalmente llegó a ser posible un conocimiento de la locura: este conocimiento que es el nuestro y del que no pudo separarnos por completo el freudismo, porque no estaba destinado a ello. En este conocimiento, la enfermedad mental se encuentra al fin presente, la sinrazón ha desaparecido de sí misma, salvo a los ojos de quienes se preguntan lo que puede significar en el mundo moderno esta presencia tozuda y repetida de una locura necesariamente acompañada de su ciencia, de su medicina, de sus médicos.[15]

Según Foucault, Freud desmontó muchos de los componentes del dispositivo psiquiátrico del siglo XIX, básicamente la vida del loco en el mundo asilar, pero conservó y potenció estratégicamente el principal de sus componentes, el de la relación médico-paciente, resguardando así la clave primordial que ordenaba las curas de ese siglo para las *figures de la folie.*

> Freud hace que se deslicen hacia el médico todas las estructuras que Pinel y Tuke habían dispuesto en el confinamiento. Ha liberado al enfermo de existir dentro del asilo, en el cual lo habían alienado sus "libertadores"; pero no lo ha liberado de lo que tenía de esencial esa existencia: él ha reagrupado los valores, los ha tendido al máximo y los ha dejado en las manos del médico; ha creado la situación psicoanalítica, donde, por un corto circuito genial, la alienación llega a ser desalienación, porque, dentro del médico, ella llega a ser sujeto.[16]

A partir de este privilegio concedido al médico, toda forma de terapéutica psiquiátrica del siglo XIX, incluyendo la formulada por Freud, encontró

[14] *Ibid*., "Nacimiento del asilo", tercera parte, cap. IV, p. 261.
[15] *Ibid*., "El loco en el jardín de las especies", segunda parte, cap. I, p. 324.
[16] *Ibid*., "Nacimiento del asilo", tercera parte, cap. IV, p. 262.

su razón de ser. "El médico, en tanto que figura alienante, sigue siendo la clave del psicoanálisis. Posiblemente porque no ha suprimido esta última estructura, y en cambio le ha agregado las otras, es por lo que no puede ni podrá oír las voces de la sinrazón, y descifrar por sí mismas las señales de la insensatez".[17]

El dispositivo que envuelve y decide el rol del psicoanalista se ha basado entonces en una prerrogativa médica.

> Sólo el médico es competente para juzgar si un individuo está loco y qué grado de capacidad le deja su enfermedad [...] Al médico corresponde descubrir las marcas indudables de la verdad [...] Los poderes de decisión se remiten al juicio médico; él y sólo él puede introducir a alguien en el mundo de la locura; él y sólo él permite distinguir al hombre normal del insensato, al criminal del alienado irresponsable.[18]

Basándose en la regla fundamental de la intervención de la psiquiatría asilar del siglo XIX de que es en la pareja médico-paciente que "se anudan y se desanudan todas las alienaciones",[19] Freud creó la situación psicoanalítica.

> Freud [fue acaso] el primero que haya aceptado en serio la realidad de la pareja médico-enfermo, y que haya consentido en no apartar de allí ni sus miradas ni sus investigaciones, que no haya intentado ocultarla en una teoría psiquiátrica que tanto bien o mal armonizaba con el resto de la ciencia médica; el primero en haber sacado rigurosamente las consecuencias de esa realidad.[20]

De este modo, en la cura psicoanalítica, Freud sigue fielmente las enseñanzas de la experiencia médica del siglo XIX con la locura, al apelar a "las figuras tradicionales que, durante toda la época clásica, han articulado y elaborado el dominio de la locura; en fin, la confrontación del médico y del enfermo en el mundo imaginario de la terapéutica.[21] En este orden de ideas, con Freud no se funda una nueva figura antagónica a la del médico, la del psicoanalista. Por el contrario, según Foucault, con el psicoanalista, el semblante médico adquiere su mayor esplendor.

[17] *Ibid*., p. 263.
[18] *Ibid*., "Experiencias de la locura", primera parte, cap. IV, p. 198.
[19] *Ibid*., "Nacimiento del asilo", tercera parte, cap. IV, p. 261.
[20] *Idem*.
[21] *Ibid*., "El loco en el jardín de las especies", segunda parte, cap. I, p. 324.

> Freud ha puesto en claro todas las otras estructuras del asilo: ha hecho desaparecer el silencio y la consideración, ha acabado con el reconocimiento de la locura por ella misma en el espejo de su propio espectáculo y ha hecho que se callen las instancias de condenación. Pero ha explotado, en cambio, la estructura que envuelve al personaje del médico; [...] él ha hecho del médico el espejo en el cual la locura, con un movimiento casi inmóvil, se prende y se desprende de sí misma.[22]

Foucault señala que este poder taumaturgo que se le atribuye al psicoanalista no tiene su origen en los poderes inherentes que tendría su palabra, o en los descubrimientos que él hace con su técnica. Hace notar que la palabra en sí misma no produce los resultados señalados. "En toda sociedad hay siempre un sistema [...] que hace que la palabra de determinados individuos no sea recibida de la misma manera que la palabra de cualquier otro. Se trata de individuos cuya palabra es más sagrada que la de los demás o cuya palabra, por el contrario, es más vana y vacía que la de otros [...]"[23] En cambio, su jerarquización social, con relación a quien la emite, determina que se presente o no el efecto reconocido. "Lo que dice un profeta en las sociedades de tipo judaico o lo que dice un poeta en la mayor parte de las sociedades no tiene la misma condición que lo que dice una persona cualquiera";[24] es decir, es fundamentalmente por el papel que ocupa en el sistema social que la palabra de todo médico empezó a tener los efectos sugestivos en los pacientes, hasta el grado de encantamiento, un papel que se constituyó en el mundo asilar del siglo XIX y que curiosamente se cristalizó gracias al positivismo de la medicina.

> Ante los ojos del enfermo, el médico se transforma en taumaturgo; [...] se creerá, y el enfermo será el primero, en el esoterismo del saber del médico, en algún secreto casi demoniaco de un conocimiento que ha encontrado el poder de destruir las alienaciones; y cada vez con mayor facilidad, el enfermo aceptará abandonarse entre las manos de un médico, a la vez divino y satánico, en todo caso fuera de la medida humana; cada vez más se alienará en él, aceptando en conjunto y por adelantado todos sus prestigios, sometiéndose desde el principio a una voluntad que siente como mágica, y a una ciencia que él supone

[22] *Ibid*., "Nacimiento del asilo", tercera parte, cap. IV, p. 261.

[23] M. Foucault, "La locura y la sociedad", en *Estética, ética y hermenéutica*. Madrid, Paidós, 1999, p. 79.

[24] *Idem*.

> presciencia y adivinación, convirtiéndose así, [...en] puro objeto [...], completamente dispuesto a ser precisamente esa histérica en la cual Charcot exaltaba el maravilloso poder del médico.[25]

La pretensión de objetividad de la medicina transformó al médico en un taumaturgo, una figura mágica capaz de hacer retroceder a la locura con su mera presencia. De este modo, en el siglo XIX "el médico, por uno de esos bruscos atajos que dejan a un lado su competencia científica, se [convirtió] en el operador casi mágico de la enfermedad y [tomó] la figura del taumaturgo".[26] Tanto en el mundo asilar del siglo XIX como en el psicoanálisis, "el enfermo mental está enteramente alienado en la persona real de su médico".[27] Sin embargo, en la doctrina de Freud, como en las teorizaciones de sus mentores psiquiatras más inmediatos, el médico era más que padre, juez y ley; era ante todo un ser mágico y divino.

> [Freud] ha amplificado sus virtudes de taumaturgo, preparando a sus poderes totales un estatuto casi divino. Ha conseguido para sí mismo, sobre esta presencia, que se esconde detrás del enfermo y por encima de él, en una ausencia que es también presencia total, todos los poderes que se encontraban repartidos en la existencia colectiva del asilo; él se ha convertido en la consideración absoluta, en el silencio puro y siempre retenido, en el juez que castiga y recompensa, por medio de un juicio que no condesciende siquiera a manifestarse por el lenguaje.[28]

El psicoanálisis nació entonces de las posibilidades que brindaba una figura médica creada por los psiquiatras de finales del siglo XIX, un ser rodeado de un aura religiosa de misticismo que cumplía un papel profesional de desmitificador del *conjunto de persuasión y de engaño* que representaba la locura.

Desde el esoterismo del médico, el psiquiatra de fines del siglo XIX concluye con su nueva ciencia que la locura no es sino el vacío de la astuta persuasión que hace creer que es real lo que no es más que ilusión y engaño.

> Pero si el médico se convierte rápidamente en un taumaturgo para el enfermo, ante sus propios ojos de médico positivista, no puede serlo. Ese poder oscuro, del cual ya desconoce el origen, por medio del cual no puede ya descifrar la complicidad del enfermo, y en el que no con-

[25] M. Foucault, "Nacimiento del asilo", en *op. cit.*, tercera parte, cap. IV, p. 259.
[26] *Ibid.*, p. 256.
[27] *Ibid.*, p. 261.
[28] *Ibid.*, p. 262.

> sentiría a reconocer los antiguos poderes de que está hecho, debe tener un estatuto. Y puesto que no hay nada en el conocimiento positivo que pueda justificar semejante transferencia de voluntad, o parecidas operaciones a distancia, pronto llegará el momento en que la propia locura será tenida por responsable de esas anomalías. Las curaciones sin base, a las cuales hay que aceptar como verdaderas curaciones, llegarán a ser verdaderas curaciones de falsas enfermedades.[29]

La presunción fundamental de esta psiquiatría con aspiraciones de mayor objetividad, y que conoció directamente Freud, es que la verdad de la locura era el vacío de la falsa imagen. La locura quedó definida ontológicamente por los efectos que producía la táctica moral que adoptaba el psiquiatra con el mal del paciente.

> La locura no era lo que se creía, ni lo que ella pretendía ser; era infinitamente menos que ella misma: un conjunto de persuasión y de engaño [...] Y por un extraño retorno, el pensamiento retrocede dos siglos, hasta la época en que entre la locura, la falsa locura, y la simulación de la locura, los límites estaban mal trazados, [...] A fines del siglo XIX, y en el pensamiento de los contemporáneos de Babinski, encontramos este prodigioso postulado, que ningún médico se había atrevido aún a formular: que la locura, después de todo, no es más que locura.[30]

Como se deja entrever, este papel de desmitificador que impulsó las labores realizadas por el médico en los asilos del siglo XIX y que continuó el psicoanalista en el siglo XX proviene de una estructura de pensamiento enteramente consecuente con un "cierto teatro de la verdad y de lo falso".[31] Esta estructura de pensamiento, instalada en nuestra era y que se ha tomado como evidente e indiscutible en sus principios, lo que revela es una cierta forma de percepción de la verdad y del error, un modo positivo de organización del conocimiento y de sus prácticas concomitantes en el mundo contemporáneo. Foucault indica que este teatro de la verdad es cartesiano en sus prerrogativas, y en él la verdad la promulga no un sabio iluminado, sino un agente desmitificador que denuncia al mundo el *engaño y persuasión* del que es capaz un genio maligno. La validez de sus denuncias, como la seguridad que le confiere a sus juicios, la brinda el mito de la objetividad de la ciencia positiva, que le permite al agente desmitificador enunciar esta proposición: *Nosotros, que revelamos*

[29] *Ibid*., p. 260.
[30] *Ibid*., p. 261.
[31] M. Foucault, "La escena de la filosofía", en *Estética, ética y hermenéutica*, p. 150.

*las ilusiones que obnubilan las conciencias de otros, no somos víctima de ninguna ilusión, por poder ver las ilusiones de los otros desde la ventana de Dios.* En otras palabras, *quienes se dejan engañar por la astucia del genio maligno son los otros, no nosotros, que bien la conocemos*.

En los asilos del siglo XIX, el médico fue ese agente, el representante de una ciencia con un poder divino, *cuasi* divino, poseedor de una omnipotencia tal que con su mera presencia podía liberar a los infortunados hombres de la locura que los agobiaba. De acuerdo con lo que señala Foucault, la concepción médica de la locura, en todas sus posibles versiones, afirma esta condición de lo verdadero, encerrando al loco en una verdad "de la que sólo puede escapar pasivamente, si se le libera de su locura".[32] Desde la época de Pinel, el pensamiento médico ha afirmado la condición de verdad de su discurso a partir de mostrar su capacidad de liberar al loco al nivel de los hechos y de las observaciones. "En este fin del siglo XVIII no se trata de una liberación de los locos sino de una objetivación del concepto de su libertad".[33]

Para Foucault, esta operación, que desde el siglo XIX ha realizado este agente desmitificador cartesiano que es el médico, ha tenido fundamentalmente algo muy problemático: la libertad que ofrece el médico sería contradictoria e irónica en todas sus expresiones:

> [...] se deja jugar a la libertad del loco, pero en un espacio más cerrado, más rígido, menos libre que aquel, siempre un poco indeciso, del internamiento; se le libera de su parentesco con el crimen y el mal, pero para encerrarle en los mecanismos rigurosos de un determinismo. Sólo es completamente inocente en lo absoluto de una no-libertad [...] El loco está a la vez completamente libre y completamente excluido de la libertad. Antaño era libre durante el momento en que empezaba a perder su libertad; ahora es libre en el amplio espacio en que ya la ha perdido.[34]

Su máxima ironía, en la que estaría envuelto el psicoanálisis, se encuentra en que libera al paciente a precio de encadenarlo a la voluntad de su libertador. "Se quitan las cadenas que impedían el uso de su libre voluntad, mas para despojarlo de esta voluntad misma, transferida y alienada en la voluntad del médico".[35] ¿Qué libertad sería entonces esa?

[32] M. Foucault, "El circulo antropológico", en *Historia de la locura en la época clásica*, tercera parte, cap. V, p. 269.
[33] *Ibid*., p. 268.
[34] *Ibid*., p. 267.
[35] *Ibid*., p. 268.

## El psicoanálisis, a la luz de su ingenuidad

Hay un aspecto adicional de *Historia de la locura* que se requiere mencionar para brindar una mejor comprensión de las observaciones críticas que Foucault hizo, principalmente en "Nacimiento del asilo", en contra del dispositivo clínico de la cura psicoanalítica. Se relaciona con la lectura que él hace de las obras de Descartes y Kant, en las que establece una discrepancia exaltada de lo que cada uno vino a plantear al mundo filosófico. Ésta es una diferenciación que Foucault menciona claramente con posterioridad a 1961, pero que ya se encontraba implícita en la argumentación que desarrolló en su tesis doctoral.

En tiempos tardíos de su pensamiento filosófico, en aquellos años de su vida en que abiertamente se declaraba kantiano, Foucault explicó las diferencias que habría entre el legado de Kant y el legado de Descartes del siguiente modo:

> Hasta el siglo XVI, el ascetismo y el acceso a la verdad están siempre más o menos oscuramente relacionados en la cultura occidental. Creo que Descartes rompió con esto diciendo: "Para llegar a la verdad basta con que yo sea, no importa qué sujeto pueda ver lo que es evidente", [...] Por lo tanto, puedo ser inmoral y conocer la verdad. [...] Antes de Descartes, no se podía ser impuro, inmoral, y conocer la verdad. Con Descartes, la evidencia directa es suficiente. Después de Descartes, se tiene un sujeto del conocimiento que no requiere el ascetismo del que surgió.[36]

Bernard Williams llamó al proyecto cartesiano "Proyecto de investigación pura", por cuanto el único interés era el conocimiento, por fuera de cualquier consideración de tipo práctico, en el que la racionalidad sólo apela a su lógica interna para orientar al sujeto en el camino a la verdad.[37] En ese mismo sentido, Foucault se pronunció: "Podemos decir que entramos en la edad moderna

[36] "Jusqu'au XV Ie siècle, l'ascétisme et l'accès à la vérité sont toujours plus ou moins obscurément liés dans la culture occidentale. Je pense que Descartes a rompu avec cela en disant: 'Pour accéder à la vérité, il suffit que je sois n'importe quel sujet qui puisse voir ce qui est évident', [...] Ainsi, je peux être immoral et connaître la vérité. [...] Avant Descartes, on ne pouvait pas être impur, immoral, et connaître la vérité. Avec Descartes, la preuve directe devient suffisante. Après Descartes, c'est un sujet de la connaissance non astreint à l'ascèse qui voit le jour" (M. Foucault, "344 À propos de la généalogie de l'éthique: un aperçu du travail en cours", en *Le Foucault Electronique*. Entrevista con H. Dreyfus y P. Rabinow. Infobase, Folio Corporation, Versión 2001, *Dits et ecrits* IV, p. 631. Traducción mía).

[37] *Cf*. Bernard Williams, *Descartes: el proyecto de la investigación pura*. México, UNAM, 1995.

[...] el día en que se admitió que lo que da acceso a la verdad, las condiciones según las cuales el sujeto puede tener acceso a ella, es el conocimiento, y sólo el conocimiento. Me parece que ése es el punto en que asume su lugar y su sentido lo que llamé 'el momento cartesiano'".[38] El sujeto de los asuntos prácticos, el sujeto que actúa en el mundo institucional y público, *le sujet moral*, eso es lo que según Foucault excluyó Descartes en su análisis de la verdad, y lo que vendría a traer de vuelta Kant.

> Después de Descartes, se tiene un sujeto del conocimiento que posee para Kant el problema de saber cuál es la relación entre el sujeto moral y el sujeto del conocimiento [...] La solución de Kant fue encontrar un sujeto universal que, en la medida en que es universal, podía ser el sujeto del conocimiento, pero que exige, sin embargo, una actitud ética. [...] Descartes ha liberado la racionalidad científica de la moral [...] Kant ha reintroducido la moral como forma aplicada de procedimientos de racionalidad.[39]

De este modo, todo pensador moderno, inscrito en el proyecto cartesiano, descarta u obnubila la dimensión del mundo institucional presente en la verdad que afirma descubrir en su objeto de estudio. En este orden de ideas, Foucault da a entender en *Historia de la locura* que Freud maniobró con su doctrina como un típico cartesiano, no asignando sus métodos, sus conceptos, sus conocimientos a las estructuras, a los eventos y a las formas culturales de su época, y desarrollando a cambio un conjunto de estrategias argumentativas que velaban su relación y dependencia con la moral de su época; es decir, Foucault reprocha a Freud su intento por negar la fuente moral de los efectos de su palabra como psicoanalista, encubriéndola con mitos. De modo que allí donde Freud fundó un mito, Foucault ve las grandes estructuras y valores de la moral burguesa de la sociedad europea del siglo XVIII y XIX.

> El prestigio del patriarca revive en torno de la locura dentro de la familia burguesa. Se trata de esa sedimentación histórica, que más tarde el psi-

[38] M. Foucault. *La hermenéutica del sujeto*. Madrid, Akal, 2005, p. 33.

[39] "Après Descartes, on a un sujet de la connaissance qui pose à Kant le problème de savoir ce qu'est le rapport entre le sujet moral et le sujet de la connaissance. [...] La solution de Kant a été de trouver un sujet universel qui, dans la mesure où il est universel, pouvait être le sujet de connaissance, mais qui exigeait néanmoins une attitude éthique [...] Descartes a libéré la rationalité scientifique de la morale [...] Kant a réintroduit la morale comme forme appliquée des procédures de rationalité" (M. Foucault. "344 À propos de la généalogie de l'éthique: un aperçu du travail en cours", en *op. cit.*, *Dits et ecrits* IV, p. 631. Traducción mía).

> coanálisis pondrá en claro otorgándole por medio de un nuevo mito el sentido de un destino que caracterizaría toda la civilización occidental, y posiblemente toda civilización, sedimento que ha sido depositado por la locura y que no se ha solidificado sino recientemente, en ese fin del siglo en que la sinrazón se ha encontrado dos veces alienada en la familia, tanto por el mito de una desalienación dentro de la pureza patriarcal como por una situación realmente alienante dentro del asilo constituido sobre el modo familiar.[40]

Las anotaciones de Foucault no problematizan en sí mismas la relación que tendría el psicoanálisis con la moral del tiempo en que surgió, pues los planteamientos del filósofo son contrarios al supuesto de que pueda haber alguna clase de técnica, saber o dispositivo humano libre de las determinaciones morales de su época, de lo cual, además, cabría inferir que si el psicoanálisis lograra, de algún modo desconocido, eximirse por completo de los designios de la moral que rige en la sociedad, con ese mismo acto estaría perdiendo el poder taumaturgo que se le ha conferido. La crítica de Foucault se encuentra en que considera que con la mitología, Freud impugna la historicidad y relatividad cultural que tienen los descubrimientos de la clínica. Por ejemplo, en el mito del patriarca, que augura el destino de "toda la cultura occidental y puede ser, toda la civilización", hay una historicidad negada. Esta historia es la de un acontecimiento que relativiza la fórmula psicoanalítica de los complejos familiares, sólo certeza indiscutible a partir de la imposición y extensión de un precepto jurídico que constituyó la práctica psiquiátrica: la menoría bajo tutela de la familia.

> En la gran reorganización de las relaciones entre locura y razón, la familia, a fines del siglo XVIII, representa un papel decisivo [...] Tuke le hacía representar un papel de desalienación; era, en su mito, la antítesis de ese "medio", en el que el siglo XVIII veía el origen de la locura. [...] La menoría bajo tutela de la familia, estatuto jurídico en el cual se alienaban los derechos civiles del insensato, se convierte en situación psicológica donde se aliena su libertad concreta. La existencia de la locura, en el mundo que se le prepara actualmente, se encuentra envuelta en lo que se podría llamar por anticipación un "complejo paternal". [...] De allí en adelante [...], los discursos de la sinrazón estarán indisociablemente ligados a la dialéctica semirreal, semiimaginaria de la familia.[41]

[40] M. Foucault, "Nacimiento del asilo", en *op. cit.*, tercera parte, cap. IV, p. 231.
[41] *Idem*.

En esa misma vía hace algunos señalamientos con respecto a la sexualidad; en "El mundo correccional", de *Historia de la locura*, subraya que no hay en ella ninguna verdad inmemorial del ser humano; el lazo que une la sexualidad con la sinrazón no está hecho de los hilos que configuran la condición humana, cualquiera sean éstos, sino de la malla que origina la disposición arqueológica de una época específica de la cultura occidental. La verdad de la sexualidad es histórica, no ontológica. "A las luces de su ingenuidad, el psicoanálisis ha visto bien que toda locura tiene sus raíces en alguna sexualidad perturbada; pero eso sólo tiene sentido en la medida en que nuestra cultura, por una elección que caracteriza su clasicismo, ha colocado la sexualidad sobre la línea divisoria de la sinrazón".[42] Foucault aquí no desconoce a la sexualidad como un ámbito clave para asir la sinrazón. Su reflexión asiente la importancia concedida a la sexualidad por el psicoanálisis. Pero como lo dice en la anterior cita, esta importancia es coyuntural, no ontológica en el hombre, resultado de una selección inédita que hizo nuestra época y nuestra cultura. "En todos los tiempos, y probablemente en todas las culturas, la sexualidad ha sido integrada a un sistema de coacción; pero sólo en la nuestra, y desde fecha relativamente reciente, ha sido repartida de manera así de rigurosa entre la razón y la sinrazón, y, bien pronto, por vía de consecuencia y de degradación, entre la salud y la enfermedad, entre lo normal y lo anormal".[43]

Para Foucault, la doctrina freudiana se sostiene en el entramado arqueológico de la verdad que constituyó Descartes, por lo que inevitablemente Freud se verá obligado a desconocer este basamento histórico de sus hallazgos; y al no haber situado sus descubrimientos en un contexto de análisis histórico, a través de su mitología elevó al rango de verdad arcaica de la condición humana las convicciones y las elecciones de una época. Pero no sólo eso, a través de su mitología veló la fuente misma del poder de la palabra del psicoanalista. Según Foucault, los psiquiatras del siglo XIX obtuvieron su aura religiosa al constituirse en agentes de los valores y elecciones de la moral burguesa de la sociedad contemporánea. "La terapéutica de la locura es el arte de subyugar y domesticar, por así decirlo, al alienado, poniéndolo bajo la estricta dependencia de un hombre que, por sus cualidades físicas y morales, tenga la capacidad de ejercer sobre él un influjo irresistible y modificar el encadenamiento vicioso de sus ideas".[44] Agrega Foucault que esa moral fue la que Freud puso al descubierto con el psicoanálisis, no como lo que era, la moral burguesa, sino como propiedad inherente de la locura.

[42] *Ibid*., "El mundo correccional", primera parte, cap. III, p. 142.

[43] *Idem*.

[44] Philippe Pinel, *Traité médicophilosophique*, *apud* M. Foucault, "La fuerza del loco", en *El poder psiquiátrico*. Buenos Aires, FCE, 2005.

> Freud, que conocía no poco el problema de la enfermedad mental, respondió un día a alguien que le preguntaba: ¿cómo se reconoce a un neurótico? "ser neurótico es muy sencillo: es no poder trabajar más y ya no poder hacer el amor". Estos dos grandes criterios de la enfermedad mental, la incapacidad de trabajar y la incapacidad de tener una conducta sexual normalmente reconocida por la sociedad europea, a mi entender, muestran hasta qué punto en nuestras sociedades el loco es aquel que se pone a prueba, que se reconoce a partir de ese doble sistema de exclusión que suponen las reglas de trabajo y las reglas de la familia, las reglas de la producción económica y las reglas de la reproducción social.[45]

Vale decir:

> [...] el gran signo por el que se reconocían, en las sociedades industriales como las nuestras, las primeras manifestaciones de la enfermedad mental era la inadaptación a las reglas del trabajo. Existe igualmente, un segundo gran signo, al menos tan importante como aquél, si no más, que es la alteración del comportamiento sexual [...] Curiosamente, sólo a partir del siglo XIX este alejamiento respecto de la moral familiar tomó el aspecto y, más tarde, el estatuto de enfermedad mental. El enfermo mental no sólo es aquel que no puede adaptarse a las reglas de la moral familiar, el que no puede integrarse en este sistema ético y jurídico que constituye la familia europea burguesa.[46]

Este desconocimiento de Freud de la estructura jurídico-política que envuelve la palabra del psicoanalista, que permite y potencia sus efectos, se debió a que compartió con los psiquiatras el imperativo de objetivar la locura, tornarla objeto positivo de conocimiento, imperativo que Foucault interpreta como el fervor sin límite de toda una cultura, la del clasicismo en adelante, por constituir una garantía de la no-locura.

> La objetividad que reconocemos a las formas de la enfermedad mental, [...] sólo se entrega precisamente a aquel que está protegido de ella. El conocimiento de la locura supone, en quien la tiene, cierta manera de desprenderse de ella, de haberse liberado de antemano de sus peligros y de sus prestigios, cierto modo de no estar loco. Y el advenimiento histórico del positivismo psiquiátrico sólo está ligado a la promoción del

[45] *Idem*.
[46] M. Foucault, "La locura y la sociedad", en *op. cit.*, p. 84.

> conocimiento de una manera secundaria; originalmente, es la fijación de un modo particular de estar fuera de la locura: cierta conciencia de no-locura, que para el sujeto del saber se vuelve situación concreta, base sólida a partir de la cual es posible conocer la locura.[47]

En efecto, el interés intelectual por la locura, por aprehenderla en su naturaleza, en sus causas, en sus vericuetos, es consecuencia de la angustia que ocasiona la locura al hombre moderno. Según Foucault, por esa angustia, se erigieron las estructuras del asilo en el siglo XIX; por esa angustia, la psiquiatría pervive en nuestros días; por esa angustia, el psicoanálisis tiene sentido, fracasando convenientemente en desmontar por completo la vieja armazón asilar.

> Si se quiere saber lo que ha pasado en el curso de esta brusca mutación que, en algunos años, ha instalado en la superficie del mundo europeo un nuevo conocimiento y un nuevo tratamiento de la locura, es inútil preguntar lo que se ha añadido al saber ya adquirido. [...] Lo que ha cambiado, y cambiado bruscamente, es la conciencia de no estar loco, [...] Esa liberación no ha sido posible, de hecho, más que por toda una arquitectura de protección, diseñada y construida sucesivamente por Colombier, Tenon, Cabanis y Bellart. Y la solidez de esas estructuras les ha permitido subsistir casi intactas hasta nuestros días, pese a los esfuerzos mismos de la búsqueda freudiana.[48]

La naturaleza escandalosa de la locura radica en que ésta posee para el hombre contemporáneo

> [...] todo un contenido de culpabilidad, de sanción moral, de justo castigo, que no era propio de la experiencia clásica [...] todo lo que dentro de la locura era paradójica afirmación del no-ser, llegará a ser un castigo natural de un mal moral. En pocas palabras, toda la jerarquía vertical, que constituía la estructura de la locura clásica, desde el ciclo de las causas materiales hasta la trascendencia del delirio, va a oscilar y a caer dentro de un dominio que ocuparán conjuntamente, para disputárselo inmediatamente, la psicología y la moral.[49]

La empresa de objetivización de la locura oculta entonces una valoración moral de la razón, que sale a la luz cuando se analiza "la locura en las modifi-

[47] M. Foucault, "Del buen uso de la libertad", en *Historia de la locura en la época clásica*, tercera parte, cap. III, p. 185.
[48] *Ibid*., p. 186.
[49] *Ibid*., "Los rostros de la locura", segunda parte, cap. III, p. 461.

caciones que no puede dejar de aportar al sistema de las obligaciones"[50] como también cuando se le toma "con todos los parentescos morales que justifican la exclusión",[51] por lo que el destino de la locura es desaparecer del horizonte de reflexión en las ciencias, no cuando se hayan revelado sus secretos, sino cuando la sinrazón ya no cause culpabilidad. "Pues me parece que hasta el siglo XIX, por no decir hasta la actualidad, no ha habido un saber objetivo sobre la locura sino solamente la formulación, en términos de analogía científica, de cierta experiencia (moral, social, etcétera) de la sinrazón [...]"[52]

La historia que narra Foucault sobre la locura señala que ésta se mantiene viva en las redes de un conjunto histórico que evita el escándalo moral de la sinrazón. "[...] nuestro conocimiento científico y médico de la locura reposa implícitamente sobre la constitución anterior de una experiencia ética de la sinrazón".[53] Esta ética es "elección contra la sinrazón; [...] es esto, sin duda, lo que da al reconocimiento de la locura en esta época —o como se quiere, a su no-reconocimiento— su estilo particular".[54] Quizás por eso es la afirmación de Foucault de que el psicoanálisis, e indistintamente toda psicología de la locura, es extraño al trabajo soberano de la sinrazón, no liberando, y menos aún explicando lo esencial en esa labor; a pesar de todas las contribuciones que realizó la doctrina de Freud, en ese aspecto específico el psicoanálisis no fue la notable excepción.

> La ambigüedad del pensamiento clásico sobre las relaciones de la falta y de la locura va a disociarse ahora; y el pensamiento psiquiátrico del siglo XIX al mismo tiempo buscará la totalidad del determinismo y tratará de definir el punto de inserción de una culpabilidad; las discusiones sobre las locuras criminales, los prestigios de la parálisis general, el gran tema de las degeneraciones, la crítica de los fenómenos histéricos, todo lo que anima la investigación médica de Esquirol a Freud, se remite a ese doble esfuerzo. El loco del siglo XIX será determinado y culpable.[55]

El reclamo a Freud es que posicionó al saber psicoanalítico en un lugar desde el cual no se registra la historia de las decisiones coyunturales, de las experiencias, de los actos institucionales que originaron el conjunto de reglas

[50] *Ibid*., "Experiencias de la locura", primera parte, cap. IV, p. 203.

[51] *Idem*.

[52] M. Foucault, Carta a Stirn Lindroth, del 10 de agosto de 1957, *apud* D. Eribon, *op. cit*., p. 155.

[53] M. Foucault, "El mundo correccional", en *Historia de la locura en la época clásica*, primera parte, cap. III, p. 146.

[54] *Ibid*., "Los insensatos", primera parte, cap. V, p. 222.

[55] *Ibid*., "El círculo antropológico", tercera parte, cap. V, p. 269.

en la lógica de conocimiento que ha subjetivizado de un modo particular al hombre actual. Según esto, Freud se imaginó a un hombre del futuro compartiendo con él la misma positividad de la verdad, cuya conciencia reproduce el acto que ha instaurado una tajante división, razón-sinrazón, como si esa experiencia originaria del clasicismo tuviera el destino de la eternidad, de la infinitud.

En definitiva, *Historia de la locura* no es la historia del decantamiento de la verdad de la locura, de cómo ella se fue purificando hasta el grado de refinamiento que hoy día le conocemos. *Historia de la locura* es una historia pensada como un "encadenamiento de eventos que se producen por azar y en el que no cabe ni el concepto de progreso ni de regularidad",[56] de suerte que la resolución por aprehender doctamente la verdad de la locura es necesariamente una operación de retorno que nos reenvía de vuelta al instante y a la circunstancia en que ésta adquirió la forma en que nos resulta familiar. El azar en *Historia de la locura*, Foucault lo conceptuó como elección de una época que se repite incesantemente. Y si la elección hubiera sido otra, otra habría sido la verdad de la locura. Como bien lo indicaba Octave Mannoni, *Historia de la locura* instala un "'momento de vacilación' donde 'la historia habría podido ser otra'". Ésa es la experiencia originaria que Foucault procuró reconstruir en *Historia de la locura*; no el de un acto mítico que fundó lo humano, sino el de un accidente en la política de la verdad en que una estructura de pensamiento, un acto de división, se convirtió en opción para toda una cultura.

## A modo de conclusión

Este texto se basó fundamentalmente en una tesis de Jacques Derrida que señala que las apreciaciones críticas de Michel Foucault en *Historia de la locura* hacia la obra de Sigmund Freud son producto de un profundo sentimiento anticartesiano que animó su producción filosófica. El texto no consideró en ningún momento la réplica de Derrida a Foucault centrada en cuestionar la lectura que este último hizo de Descartes; ello queda como un aspecto pendiente que se requiere revisar para determinar hasta qué punto es acertado el análisis que realizó Foucault de Descartes. Independientemente de lo anterior, el examen de *Historia de la locura* confirmó no sólo la tesis derridana del anticartesianismo de Foucault, sino que además la presenta como central para

[56] "Enchaînement d'événements qui se produisent par hasard et qu'il n'y a là ni concept de progrès ni régularité" (M. Foucault, "235 Méthodologie pour la connaissance du monde: comment se débarrasser du marxisme". en *Le Foucault Electronique*, *Dits et Ecrits* III, p. 598. Traducción mía).

comprender su reflexión filosófica, especialmente desde el momento en que se convirtió en un arqueólogo del saber que analizaba los *a priori* del pensamiento moderno. Es de agregar que la probable postura filosófica de Foucault en contra de Descartes tiene de base la distinción que hace en favor de Kant. Foucault transmite el mensaje de que es este último quien logró concretar realmente un proyecto filosófico moderno de liberación, de ilustración, quedando la modernidad coja en Descartes, cojera que replican a su manera los cartesianos que surgieron después en la cultura occidental. En última instancia, en la reflexión filosófica de Foucault se escuchan todavía los ecos de la decisiva batalla de Jena de las guerras napoleónicas, como si la modernidad filosófica estuviera decidida por la irreductible tensión que representaron los dos bandos en guerra.